

Rosendorfský, Jaroslav

**Algunas consideraciones sobre Doña Perfecta de B. Pérez Galdós y
La Casa de Bernarda Alba de F. García Lorca**

Études romanes de Brno. 1966, vol. 2, iss. 1, pp. 181-210

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/113537>

Access Date: 20. 02. 2024

Version: 20220831

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE DOÑA PERFECTA
DE B. PEREZ GALDOS
Y LA CASA DE BERNARDA ALBA DE F. GARCIA LORCA

JAROŠLAV ROSENDORFSKÝ

1.

Harto arbitrario y hasta estrafalario podría parecer, a primera vista, el propósito de confrontar recíprocamente dos obras tan distintas y casi antagónicas por la personalidad de los autores, de su diferente formación y de los diferentes objetivos que persiguen. Por una parte el más insigne representante del realismo nacional, comedido, imparcial, hasta aparentemente impasible en su agudo, penetrante análisis de la sociedad española contemporánea, a la cual tienta don Benito el pulso, como un médico muy concienzudo, en sus vastas composiciones narrativas, sobrio en la valoración de las pasiones humanas y falto casi absolutamente de emoción lírica, reemplazada por el elemento épico y una honda preocupación humana, mientras que, por otra parte, habremos de enfrentar a un poeta de vitalidad espontánea y prodigiosa, en el que late con violenta palpitación y con un acento castizamente personal el ritmo febril y nervioso de la vida y se exterioriza en un potente dramatismo lleno de inquietante, ineluctable fatalidad que caracteriza las tragedias de Lorca, en primer lugar su obra maestra *La casa de Bernarda Alba*. Pero hay, a pesar de esta evidente disconformidad, algunos puntos positivos de contacto entre los dos escritores il que brotan de la misma realidad, del mismo ambiente en que está puesta la acción de las obras mencionadas en el título y que requería, por fuerza, una análoga expresión artística. Es, en primer lugar, el aspecto del paisaje, los vastos desconsolados horizontes de Castilla, „estos campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos, campos en que una lluvia torrencial de luz dibuja sombras espesas en deslumbrantes claros, ahogando los matices intermedios.“¹ Una llanura interminable, las extensas dehesas pardas o amarillentas de trigo que se recortan violentamente sobre el fondo del cielo de un azul intenso y deslumbrante, alternando, a veces, con robledos de un verde sombrío o con una fila larga y monótona de chopos flanqueando las riberas de un riachuelo que serpentea entre praderas o ariscos pedregales. Es la soledad infinita, grandiosa y melancólica de la tierra triste y noble, cantada por Machado,

¹ Miguel Unamuno: *En torno al casticismo*. Buenos Aires 1943, p. 55.

la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos y arboledas;
decrépitadas ciudades, caminos sin mesones
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones,

y a la vez la patria de „la raza de Caín“, del hombre

malo del campo y de la aldea
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
esclava de los siete pecados capitales²

que forma el marco exterior así de *Doña Perfecta* como de *La casa de Bernarda Alba*. Tal se presenta, en efecto, la Castilla que encontramos en ambas estas obras junto con sus moradores, rudos aldeanos curtidos por el sol y la intemperie, astutos, desconfiados, en continua lucha con la inclemente naturaleza y la maldad del prójimo. Es este paisaje áspero, cerril e inhóspito, al que hay que arrancar penosamente el duro pan, el aislamiento secular de los centros de comunicación, la miseria, las creencias supersticiosas, manantes de antiquísimas reminiscencias, y ante todo la sistemática y despiadada opresión, los abusos de parte de los señores feudales — todo este conjunto de factores múltiples y no siempre fácilmente aprehensibles que habían contribuido a plasmar indudablemente el carácter de los campesinos, otorgándoles, en el decurso del tiempo, un cierto sello de suspicacia recelosa y poco amiga de novedades. Un análisis más detenido de las dos obras mencionadas nos dará, como esperamos, aquellos puntos de contacto a los que ya hemos hecho referencia.

Pertenece *Doña Perfecta* (1876), junto con la siguiente *Gloria* (1877) y *La familia de León Roch* (1879) a las llamadas novelas de tesis, donde se desarrolla con mayor vigor y mayor evidencia el aspecto de la sociedad española contemporánea puesto en relación con el problema religioso, tan actual y tan espinoso en tiempos del autor y que hasta hoy parece no haber perdido su interés palpitante. Fue él quien ha revelado, como dice acertadamente Azorín, „España a los ojos de los españoles que la desconocían, y ha hecho que la palabra España no sea una abstracción, algo seco y sin vida, sino una realidad.“³ Y como obra literaria, *Doña Perfecta* forma parte integrante de ese vasto y variado mosaico que sintetiza, a través de una amplia perspectiva de caracteres y acontecimientos, la vida pasada y contemporánea de España trazada por el autor, sea en sus *Episodios nacionales*, sea en las novelas de temas altamente actuales. Es esta obra una de las primeras en que logró afirmar el autor su indivi-

² Antonio Machado: *Obras*. México 1940, p. 133.

³ Azorín: *Obras completas*. Madrid 1959, tomo II, pag. 633.

dualidad artística y empezó a retratar el ambiente social de su época, visto desde el punto de vista del liberalismo progresista y anticlerical.

Vamos a apuntar en breve los rasgos más salientes de la trama. Juan Rey, un abogado de renombre, establecido en Sevilla, tenía una hermana que vivía en Madrid con su marido, un calavera impenitente, mujeriego y derrochador, quien no habría titubeado en disipar toda su fortuna en el juego y con hembras de mala vida, si la muerte no se hubiera apiadado de la familia, llevándole prematuramente a la tumba. La situación pecuniaria de doña Perfecta, que se había quedado sola con su hijita Rosario, era bastante precaria y no lejos de parecer desesperada: enormes deudas, la finca de Orbajosa hipotecada o en peligro de ser vendida a vil precio a los usureros, la administración de los latifundios, que permanecían todavía en poder de la familia, en lamentable desarreglo. La ruina de ambas mujeres parecía inevitable. Mas he aquí que la intervención del hermano aparece como un imprevisto *deus ex machina*: éste convenció ante todo a doña Perfecta de trasladarse a Orbajosa, donde conservaba todavía vastas posesiones y una casa solariega, para administrar personalmente sus bienes, y emprendió una lucha encarnizada con los acreedores, tratando de satisfacer a unos y conseguir de otros el aplazamiento de las deudas más apremiantes, hasta que paso a paso logró salvar el conspicuo patrimonio de su querida hermana. Se daba cuenta doña Perfecta de lo mucho que debía al ilustre juriconsulto y le mostraba en sus cartas el más vivo agradecimiento. Así pasaron los años sin que los hermanos se hubieran visto, limitándose sólo a relaciones por escrito. Pepe, el hijo único de don Juan, educado en un ambiente generoso y desahogado, siguió entretanto la carrera de ingeniero de caminos y la posición acomodada de su progenitor le permitió viajar por algunos de los países europeos más adelantados, donde ejercieron sobre él una marcada influencia las ideas liberales que allí conoció. Era el anhelo más fervoroso del anciano abogado que Pepe se casase con su prima Rosario y habiendo aprobado doña Perfecta, tras largas negociaciones epistolares, este proyecto, se pusieron ambos de acuerdo en que Pepe visitaría „la recóndita ciudad episcopal“, residencia de doña Perfecta. Tampoco el joven y gallardo ingeniero, regresado a España del extranjero, se opuso a trabar conocimiento con estas dos parientes suyas, tan elogiadas por el padre, pensando, además, que tendría de tal manera ocasión de pasar algunos ratos agradables en aquella ciudad provincial, donde poseía fincas heredadas de su difunta madre, y salió de viaje, un poco movido por la curiosidad y otro poco para complacer a don Juan.

Grande es por eso su decepción, cuando ve por vez primera estas tierras que creía, siendo niño, nada menos que un paraíso: se figuraba „fruta, flores, caza mayor y menor, montes, lagos, ríos, poéticos arroyos pastoriles“, mientras ahora encuentra „desnudos cerros, llanos polvorientos y encharcados, vetustas casas de labor y norias desvencijadas, cuyos cangilones lagrimean lo bastante

para regar media docena de coles“,⁴ en todas partes se presenta ante sus ojos el desesperante aspecto de una meseta árida y estéril, surcada de barrancos pedregosos y polvorientos, „donde ni los cardos encuentran jugo“, piedras, piedras, yerba seca, descolorida y a trechos un miserable villorio de adobe, expresión de la más lamentable pobreza — he aquí todo lo que abarca la vista del joven que se dirige a caballo, acompañado por el tío Licurgo, de la estación de Villahorrenda a Orbajosa. Eran, sin duda alguna, las propias impresiones del autor, el fruto de sus extensos peregrinajes a través de la Península, que influyeron notablemente sobre esta visión hosca y desconsoladora del paisaje castellano trazado aquí en algunos rasgos someros y acertados, y nos gusta imaginarnos a don Benito con su gabán algo lustroso y su sombrero ajado, como le pinta con tanto amor Azorín, viajando en tercera, discurrendo con los pasajeros, „labriegos, tratantes en ganado, feriantes, cómicos pobres, menstrales, empleados modestos, estudiantes“,⁵ o alojándose en las miserables posadas lugareñas, consideradas por él como una „excelente posición para hablar directamente con la raza“ y para averiguar así, con la mayor intensidad posible, la vida del pueblo, penetrar en su esencia y familiarizarse con sus modales. He aquí la Castilla que él conoció en sus correrías por el país desnudo, áspero, de un uniforme color pardusco, „roto acá y allá por las hazas hoscas, negras de los barbechos y eriazos“, donde no se yerguen árboles, no corren arroyos ni manan honfanares. El pueblo reposa en un profundo sueño...⁶ Un sueño que dormía el país entero; y precisamente fue Galdós quien ya mucho antes que los noventayochistas trató de despertarlo de su modorra secular e indicarle el camino hacia un mejor, más claro porvenir. Pintando los pueblos de esta región, sombríos, adustos y preñados de remotas reminiscencias de las épocas pasadas, „los más vetustos y sepulcrales que he visto en mis correrías por España“, según dice él mismo, parece como si fuera Orbajosa, „urbs augusta y ciudad episcopal“, la quintaesencia de todas sus impresiones y experiencias que había atesorado en sus excursiones solitarias por la meseta central.

Los jinetes atraviesan, silenciosos, bajo la inmensa bóveda del cielo despejado y deslumbrante la yerma planicie „sin árboles, pajiza a trechos, a trechos de color gredoso, dividida toda en triángulos y cuadriláteros amarillos y negruzcos, pardos o ligeramente verdegueados“, semejantes „a la capa del harapiento que se pone al sol“,⁷ y después de largo rato, no sin presenciar antes una atroz escena de justicia sumaria contra los bandoleros que infestaban

⁴ B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*. Madrid 1922, p. 13.

⁵ Azorín: *Obras completas*, tomo III, p. 1243—1244.

⁶ B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, p. 121.

⁷ *Ibidem*, p. 16.

toda la comarca comienza a perfilarse, en el lejano horizonte, la nitida silueta de la ciudad apiñada en la loma de una desnuda colina y con la vista dominante de un alcázar ruinoso y semiderrocado. He aquí como se presenta al jinete la veneranda Orbajosa cuyo panorama se extiende ante sus ojos: „Un amasijo de paredes deformes, de casuchas de tierra pardas y polverosas como el suelo, formaba la base, con algunos fragmentos de almenadas murallas, a cuyo amparo mil chozas humildes alzaban sus miserables frontispicios de adobes, semejantes a caras anémicas y hambrientas que pedían una limosna al pasajero. Pobrisimo río ceñía, como un cinturón de hojalata, el pueblo, refrescando al pasar algunas huertas, única frondosidad que alegraba la vista. Entraba y salía la gente en caballerías o a pie, y el movimiento humano, aunque escaso, daba cierta apariencia vital a aquella gran morada, cuyo aspecto arquitectónico era más bien de ruina y muerte que de prosperidad y vida. Los repugnantes mendigos que se arrastraban a un lado y otro del camino pidiendo el óbolo del pasajero, ofrecían lastimoso espectáculo. No podían verse existencias que mejor cuadraran ni que más apropiadas fueran a las grietas de aquel sepulcro donde una ciudad estaba no sólo enterrada, sino también podrida.“⁸ Poco importa si este pueblo o ciudad, para no vulnerar los sentimientos patrióticos de los orbajosenses, con poco más de siete mil habitantes, „ayuntamiento, sede episcopal, juzgado, Seminario, depósito de caballos sementales, Instituto de segunda enseñanza y otras prerrogativas oficiales“⁹ es un lugar ficticio, imaginario,¹⁰ ya que su presencia se manifiesta, con mayor o menor insistencia, en toda España, cobrando una importancia mucho más grave como arquetipo de una realidad fatídica y angustiosa que proyecta su enorme sombra sobre una gran parte del país. En tal sentido simbólico hay que interpretar esta visión galdosiana de Orbajosa y de sus moradores que cuadran a maravilla con el ambiente de la vetusta, decrépita villa.

¿Cómo se presentan pues los gallardos urbsaugustenses al ingeniero Pepe Rey en la luz de los más o menos superficiales contactos que traba con ellos? La armonía entre el medio y los componentes que lo forman resulta verdaderamente asombrosa: lo mismo la ciudad que sus moradores parecen víctimas de una lenta, pero inexorable desintegración, de un continuo desmoronamiento, de un orín invisible y corrosivo que ataca no sólo a las casas, sino también a las mentes, corrompiéndolas y viciándolas bajo el ritmo pausado y monótono de años, decenios y siglos. Tienen estos pueblerinos, como advierte Galdós, „la imperturbable serenidad del mendigo que nada apeste mientras no le falta un men-drugo para engañar el hambre, y buen sol para calentarse“.¹¹ Esta falta de

⁸ *Ibidem*, p. 26.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Hay algunos que identifican Orbajosa con Burgo de Osma en Castilla.

¹¹ B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, p. 115.

iniciativa, de ambición y de afán de progreso, suplantado por una fatua, estéril satisfacción y unida a una hondamente arraigada desconfianza hacia todas las novedades — especialmente si llegan de la Capital — es uno de los rasgos más pronunciados de los habitantes de Orbajosa. He aquí el antagonismo más clamoroso del que brota el conflicto entre los dos mundos opuestos y fieramente adversarios: por un lado la pequeña ciudad provincial de escaso vecindario y de no menos escasos recursos pecuniarios, atrasada en su desarrollo económico, sin industrias, sin agricultura notable (salvo el cultivo de ajos) y apegada tenazmente simplificadora que influye poderosamente en el modo de pensar de vicios, de lujuria y de abominación a los ojos de los probos orbajosenses, que abusa de su poderío para explotarlos, destruir la religión e imponer a su vez la impía ley de los ateos y protestantes. Esta opinión ingenua y groseramente simplificadora que influye poderosamente en el modo de pensar de Orbajosa desde las ínfimas capas sociales hasta lo más granado de la población, es fomentada naturalmente por el clero, deseoso de conservar sus prerrogativas seculares, gravemente comprometidas, como teme, por las tendencias liberales y centralistas de Madrid. Tal insoluble conflicto tiene, por cierto, raíces mucho más profundas y repercusiones mucho más amplias, no se limita a una sola ciudad o provincia, sino abraza zonas más extensas y hasta se presenta, dentro de la más vasta perspectiva histórica, como un problema de trascendencia nacional, de lo que el autor no parece darse justa cuenta en esta novela. Estos contactos antagónicos entre la fuerza centrípeta y las tendencias centrifugas podemos seguirlos en el decurso de toda la historia española, a partir de las luchas de los Comunes con el poder imperial que había determinado por algunos siglos la ruina de la burguesía española, a través del movimiento separatista catalán durante el reinado de Felipe IV, de la primera y segunda guerra carlista, en las que halló su apogeo aquella fiera aversión al poder central, hasta la última guerra civil que hizo surgir, entre muchos otros problemas, el dilema del autonomismo o centralismo. Este problema de importancia capital, en cuya solución fracasó la primera y probablemente también la segunda República, no presenta un aspecto tan concluyente y homogéneo como nos lo hace ver Galdós en este libro suyo, sino ofrece perspectivas bastante más complicadas que radican en la estructura política, social y económica de España, en la marcada discrepancia entre las distintas regiones, en su desigual ritmo evolutivo y la diferente aptitud de acomodarse a las nuevas, más adelantadas condiciones de vida. Cualquier otra interpretación de este problema delicado y sujeto además a varios factores imprevisibles pecaría por fuerza de simplismo y de menosprecio a la realidad. En este sentido cabe considerar también el brusco, escasamente matizado contraste de luces y sombras de que se sirve el autor al pintar estos dos mundos incompatibles, separándolos en dos sectores distintos y rigurosamente delimitados, sin saber observar la debida imparcialidad, indispensable en un asunto tan

espinoso y trascendental. Un criterio más calmo y desapasionado habría podido ayudar a Galdós a evitar ciertos escollos de efectismo de no siempre buena ley, a penetrar con mayor perspicacia y mayor acierto en el recóndito mundo psicológico de sus protagonistas. En ulterior análisis de *Doña Perfecta* tendremos más de una vez la ocasión hacer caso de esta circunstancia.

Vamos a fijarnos ahora en el desarrollo de la trama. Llegado Pepe a la residencia de su tía, „la única vivienda que tenía aspecto de habitabilidad cómoda y alegre“,¹² es recibido con júbilo efusivo y sincero por doña Perfecta, que ve en él el retrato fiel de su querido hermano, y tampoco el primer encuentro con Rosario sale mal: ambos jóvenes sienten a la primera vista una franca simpatía que va a transformarse muy pronto en amor. Pepe, olvidadas las anteriores fastidiosas impresiones que le hizo la ciudad y sus alrededores, se siente a sus anchas en el nuevo ambiente donde se promete pasar ratos agradables, descansando de las fatigas de su profesión, y también con todos los que tratará durante su estancia en Orbajosa se propone hacer buenas migas, ya que el diablo, piensa, no es siempre tan negro como suele pintarse. Pero esta atmósfera de paz y de amable cuidado de que se ve rodeado por la parte de su tía y prima dura desgraciadamente muy poco y pronto se disipa su ilusión de tranquilidad, de una vida calma, sosegada y sin disgustos en el seno de la familia. Ya el día de su llegada surge la primera desavenencia y asoma en el horizonte una ligera sombra de discordia que deberá de espesarse, dentro de pocos días, en un denso, negro nubarrón preñado de tempestad. Chocan aquí por la primera vez en una aparentemente cordial y ligera escaramuza dos concepciones opuestas e irreconciliables: la del joven ingeniero que defiende con ahinco las posiciones del progreso, del desarrollo económico y técnico y del liberalismo en el campo político, soñando con la renovación de España, y por otro lado la concepción obtusamente conservadora y medieval del canónigo don Inocencio, todo sumido en estériles reminiscencias del glorioso pasado nacional que es, según él, la única fuerza válida y capaz de conducir al país hacia sus futuros destinos. Por nada del mundo permitiría sacar a Orbajosa (que tiene, como ya hemos mencionado, un valor de símbolo) de su letargo abrumador, disipar la niebla secular de falsas creencias, de apego al hueco tradicionalismo, falta de sentido actual, y aflojar los vínculos de la fosilizada jerarquía social que rige desde tiempos inmemorables la vida del pueblo y condiciona su estructura clasista. Los intereses religiosos coinciden, naturalmente, en este caso, con otros intereses que, aunque menos idealistas y más apegados a las cosas de este mundo, aparecen revestidos de la misma importancia, y hasta son más transcendentales, nos atreveríamos de afirmar, de mayor peso a juicio de las veinte familias ricas que viven en Orbajosa, flor y nata de la sociedad local, encabezada por doña Perfecta. Bien sabe estimar

¹² Ibidem, p. 27.

la riqueza también don Inocencio el cual, nacido en una familia humilde, había probado hasta la saciedad la amargura de la pobreza y sólo gracias a sus estudios de teología ha logrado una desahogada posición social como profesor y miembro del cabildo de la Catedral orbajosense. La riqueza es la llave que abre todas las cerraduras, procura el acceso a todas las dignidades, impone respeto y hace olvidar todas las vilezas, todos los pecados y malhechos — he aquí el lema que parece regir la vida ciudadana y garantizar, con el precioso apoyo de la religión, el eterno e inmutable *statu quo* — es decir la felicidad en la tierra y la bienaventuranza en los cielos. Los acomodados terratenientes orbajosinos (y la tierra laborable es aquí esencialmente la única fuente de sustento), privilegiados por Dios y por la suerte, se dan muy bien cuenta de su desahogada posición social, de la influencia y respeto que les debe la plebe, siendo estrechamente relacionados con la tradición secular, con la conservación del actual régimen económico y la subordinación de la clase del pueblo, resignada a su miseria y obtusa ignorancia. Y saben manejar con tanta habilidad las ignorantes y fanatizadas masas del proletariado campesino que encuentran en ellas fieles aliados en la sorda, encarnizada lucha contra todo lo que impugna la tradición anquilosada, combate prejuicios y supersticiones, propala algunas, aunque muy modestas reformas. Podría surgir, sin embargo, a este propósito una duda muy legítima: ¿es ésta la verdadera *vox populi*, la auténtica opinión de los „palurdos“, como se los llama en las páginas de esta novela? El autor no nos da sobre este punto una respuesta explícita. Estos „palurdos“, a saber, los verdaderos aldeanos, la masa anónima del campesinato sin tierra y a la merced de los latifundistas, no está aquí, en general, ni poco ni mucho representada; no hay que confundir con ellos ni al pícaro tío Licurgo, tan campechano como pleitista, y propietario de trigales esmeradamente cultivados, ni tampoco al bruto y presumido Caballuco (que recuerda, en ciertos rasgos, al temible cacique Barbacana o Trampeta de *Los pazos de Ulloa*), un producto típico del caciquismo provincial, quien habrá de intervenir tan funestamente en el desenlace de esta novela. Parece ignorar el autor (y con él, al fin y al cabo, casi toda la literatura nacional de entonces) la existencia del proletariado español que no existe para él ni en *Doña Perfecta* ni en otras obras suyas del ambiente provincial o madrileño; y si se ocupa, de vez en cuando, como sucede en *Tormento*, *Lo prohibido* y especialmente en *Misericordia*, de las capas más miserables de la población metropolitana, no elige por protagonistas ni a los obreros y ni mucho menos al proletariado del campo, sino más bien a un conglomerado pintoresco y abigarrado de varios tipos anómalos o estrafalarios, retratados con rasgos certeros y atinados, pero en general escasamente típicos y faltos de conciencia de clase. Observa muy a propósito Gullón en su excelente monografía sobre Galdós que éste critica la sociedad, pero desde el punto de vista más bien moral que cívico. Se le escapa el hombre en su contextura social, colectiva, lo examina como a un

individuo aislado, sin mirar suficientemente en las condiciones exteriores que le plasman y determinan, lo que le impide ver al pueblo como clase y tanto menos darse cuenta del proletariado emergente; encontramos, más bien, en estos sus personajes cierta analogía con los tipos desquiciados y extravagantes de Baroja. Desde este horizonte estrecho y unilateral está también captada la atmósfera de Orbajosa que parece absolutamente homogénea, sin la menor discrepancia, entre sus habitantes, sean ricos, sean indigentes, reina una armonía ideal, ostentando todos una convergencia ejemplar de opiniones y criterios.

Volveremos todavía a este punto neurálgico de la obra galdosiana; lo que fue dicho por ahora a propósito basta para que nos formemos una idea aproximada del ambiente con que vino a contacto Pepe en la casa de su tía. Conocemos ya el carácter franco y despabilado del joven ingeniero, amante del progreso técnico, fiero enemigo de la hipocresía y del oscurantismo, con que tropieza a cada paso, y deseoso de contribuir a la renovación del país. Se da cuenta en seguida de la lamentable situación económica de la comarca que ve sumida en una obtusa indolencia y piensa por eso „que no le vendrían mal a Orbajosa media docena de grandes capitales dispuestos a emplearse aquí, un par de cabezas inteligentes que dirigieran la renovación de este país, y algunos miles de manos activas. Desde la entrada del pueblo, hasta la puerta de esta casa he visto más de cien mendigos. La mayor parte son hombres sanos y aún robustos. Es un ejército lastimoso cuya vista oprime el corazón“.¹³ Se le responde que a los mendigos atiende la caridad y que Orbajosa no es un pueblo pobre; la producción de ajos es muy abundante y hay por lo menos veinte familias acomodadas que viven en la ciudad. Esta indefinida, penosa atmósfera de desasosiego y de malestar con la cual tropieza Pepe durante la primera entrevista con el venerando canónigo, va creciendo, le enreda en su sutil, insidioso tejido de calumnias y de intrigas y el joven que no tiene, sea dicho entre paréntesis, pelos en la lengua, ve surgir delante un siempre más espeso muro de incomprensión, recelo y hasta odio, sin saber explicarse los motivos de esta sorda confabulación que se trama contra él. Cada vez más le disgusta el lenguaje melifluido y acicalado del canónigo que halla evidentemente un gran placer en provocarle a escapadas poco oportunas respecto a los conmensales presididos por doña Perfecta, pero muy a propósito para ridicularizar, so capa de extremada modestia, las opiniones de Pepe y denigrarlo como un ateo empedernido en connivencia con los ambientes más pudridos e impíos de Madrid. El canónigo impulsado por el deseo que Rosario se case con su sobrino Jacintillo, un jovencito presumido y pedantesco, quiere poner a Pepe en descrédito ante su tía y consigue a maravilla su propósito; doña Perfecta, francamente inclinada al principio a su sobrino, comienza a probar una cada vez más viva aversión hacia el pariente recién llegado y hacia sus ideas

¹³ Ibidem, p. 49.

subversivas. Avanza, de tal modo, en el primer plano de la acción, para enfrentarse por fin con el intruso en una lid sin tregua y sin cuartel, aunque continúa fingiendo el más entrañable cariño al sobrino y no se opone, aparentemente, contra su unión con Rosario. En vista de la imposibilidad de este enlace que empieza a parecerle un desatino, hasta una monstruosidad, se vale de toda la influencia que posee para hacerle insoportable la estancia en Orbajosa, no permite a Rosario encontrarse con Pepe, aunque ésta le ama perdidamente, viendo en él a su legítimo novio; induce a los propietarios de las fincas colindantes a sus tierras a pleitear con él; disemina hábilmente varios rumores difamatorios a su cargo; emplea todos los recursos de su no corta inteligencia; se sirve de las antiguas relaciones que sostiene con Madrid para despojarle de su cargo de ingeniero y hasta le hace arrojar por el obispo de la Catedral. Pepe, disgustado por estas muestras de sorda hostilidad, sin acertar todavía a averiguar su turbia fuente, toma la resolución de dejar la ingrata ciudad y regresar a Sevilla. Provocado, sin embargo, por los celos de Caballuco quien le amenaza con vengarse, se siente herido en su amor propio y decide quedarse, aceptar el reto y alistarse para la batalla inminente. Se convence del inalterado cariño de Rosario que, a pesar de los insistentes rumores sobre su ateísmo, sigue adorándole y ambos los jóvenes se juran eterno amor. Y la suerte parece secundarlos: al alba del mismo día entran en la ciudad las tropas gubernamentales para defenderla, en caso de necesidad, contra las partidas carlistas que infestan toda la comarca. Gran alboroto en la ciudad por este acontecimiento inesperado y juzgado por los orbajosinos muy poco oportuno: „Todo era saltar del lecho, vestirse a prisa, abrir las ventanas para ver el alborotador regimiento que entraba con las primeras luces del día. La ciudad era tristeza, silencio, vejez; el ejército alegría, estrépito, juventud. Entrando el uno en la otra, parecía que la momia recibía por arte maravillosa el don de la vida, y bulliciosa saltaba fuera del húmedo sarcófago para bailar en torno de él. ¡Qué movimiento, qué algazara, qué risas, qué jovialidad!“¹⁴ La repentina intervención del ejército en los sucesos ahora mencionados sirve para sostener y continuar la escueta línea narrativa con bruscos contrastes de luz y de sombra, proyectados sobre los protagonistas. No se ensancha, sin embargo, el cerrado ambiente local ni se trató de penetrar, en esta ocasión, los recónditos repliegues del alma de los provincianos, lo que sería tanto más oportuno, ya que el autor mismo no vacila en atribuir una significación simbólica a esta ciudad que „no está muy lejos ni tampoco muy cerca de Madrid, no debiendo tampoco asegurarse que enclave sus gloriosos cimientos ni al Norte ni al Sur, ni al Este ni al Oeste, sino que es posible esté en todas partes, y por doquiera que los españoles revuelvan sus ojos y sientan

¹⁴ Ibidem, p. 188.

el picor de sus ajos".¹⁵ Que se nos permita aquí hacer a propósito algunas observaciones marginales. Las raíces de la fiera parcialidad con que topamos tan a menudo en esta obra de Galdós, son sin duda remotísimas y de origen medieval; pero más bien que con las heroicas reminiscencias de la Reconquista como lo hace doña Perfecta (es cuestión de moros y cristianos, asevera, y hasta Galdós no parece ser del todo ajeno a esta idea) hay que identificar estas raíces con el impetuoso desarrollo de la burguesía nacional en los umbrales de la Edad moderna, cuando surgió, bajo la égida de los Habsburgos, la unificada Monarquía española, quebrantó en su afán centralizador la autonomía y el bienestar de las ciudades y avasalló a los campesinos castellanos que disfrutaban, en la época de la Reconquista, de un relativamente alto grado de autonomía. Y estos „deplorables resabios de behetría“, como los califica algo ásperamente don Benito, habían perdurado en la memoria del pueblo a través de los siglos siguientes y eran acaso el motivo principal de la „viva repulsión a someterse a la autoridad central“, de aquella repulsión que „recordando sus fueros de antaño y mascullándolos de nuevo, como rumia el camello la hierba que ha comido el día antes, alardeaba de cierta independencia levantisca“. ¹⁶ Este centralismo que echó los cimientos del primer poderoso Estado en el continente europeo y aumentó desmesuradamente el prestigio de España fuera de sus fronteras, practicó en el país una política de rígido absolutismo, derogando a favor de la autoridad del Estado los antiguos fueros que garantizaban un grado bastante elevado de autonomía a las provincias y ciudades como los componentes más adelantados de la economía nacional. Harto conocidas son las funestas consecuencias de esta ambición malsana y descomedida que había sacrificado los intereses nacionales a la quimera de la hegemonía europea: el país sumamente agotado, la economía arruinada, las ciudades decaídas y los campos sin cultivo. Orbajosa de Galdós da un testimonio bastante elocuente de la triste situación en que se encontraba, en aquellos tiempos, una gran parte de España. Esto constituye, sin duda, uno de los factores determinantes de la ulterior tensión entre el centro y la periferia, entre la Capital y las provincias, tensión simbolizada aquí por la vetusta Orbajosa que „conservaba en su seno algunas fibras de aquéllas que en edad remota la impulsaron a inauditas acciones épicas; y aunque en decadencia, sentía de vez en cuando violento afán de hacer grandes cosas, aunque fueran barbaridades y desatinos“. ¹⁷ La explicación más justa y acertada de las acciones facciosas que estallarán poco después de la entrada de las tropas gubernamentales en Orbajosa, hay que buscarla, más bien, en el abandono secular de la provincia española, en el feroz odio contra los opresores

¹⁵ *Ibidem*, p. 192.

¹⁶ *Ibidem*, p. 190.

¹⁷ *Ibidem*, p. 190.

y varios parasitas, aun cuando el pueblo no los vea en su seno, entre los ricos terratenientes y sus secuaces serviles, sino en el lejano Madrid, „centro de corrupción“, como se le hace creer, „de escándalo, de irreligiosidad y descreimiento“.¹⁸ ¿Y por qué tomarles a mal, en resumidas cuentas, a los pueblerinos esta desconfianza, sancionada por las experiencias de muchos siglos, frente al Gobierno central, expresión y símbolo de un sistema autocrático, abstracto y hostil, que exige los impuestos, manda expediciones represivas a cargo de los habitantes y se da cuenta de ellos sólo durante las elecciones para hacer recoger los votos por los caciques? La situación no parece haber cambiado mucho en el curso de la última centuria, así que tenemos por acertada la aserción de Max Aub de que no es lícito poner en duda la existencia de esta ciudad, „forjada en la imaginación de Galdós. Así sucedía antes y sucede hasta hoy; si las invenciones transformaron radicalmente los aspectos de las ciudades provinciales, la trayectoria espiritual es al contrario infinitamente más larga“.¹⁹

Sea como sea, los vecinos de Orbajosa no muestran ningún entusiasmo excesivo frente a la expedición militar alojada „en Orbajosa, la episcopal ciudad, que si bien pobre, no carecía de tesoros en gallinas, frutas, dinero y doncellez, los cuales corrían gran riesgo desde que entraron los consabidos alumnos de Marte“;²⁰ fuera de los pocos conterráneos, tratados bien por los orbajosinos, los otros son considerados como enemigos o por lo menos como intrusos molestos. El único que tiene motivos suficientes para sentirse contento es Pepe, porque la imprevista llegada de los soldados ha cambiado radicalmente la situación, siendo destituidas todas las autoridades locales que secundaban de tan buen grado a la piadosa señora en sus maquinaciones contra el sobrino.

Después de una escena violenta en que él no deja ver ningún exceso de tino y diplomacia, decide abandonar la casa de su tía, anunciándole de antemano su firme decisión de casarse con Rosario. Eso es el colmo y excede la medida de lo que doña Perfecta está dispuesta a soportar; ayudada eficazmente por la autoridad de don Inocencio, reclama en una emocionante entrevista que tiene con sus súbditos y en donde revela su habilidad y descomunales facultades mentales, el apoyo de Caballuco y de sus partidarios. Caballuco se muestra al principio renuente a la idea de meterse a la cabeza de una sublevación contra el Gobierno, pero herido por doña Perfecta en su amor propio e incitado por el canónigo quien promete a todos los rebeldes la palma de la victoria, lavándose a la vez hipócritamente las manos, se decide juntar a sus hombres y formar una facción contra los soldados de Madrid.

Los acontecimientos se precipitan como una avalancha hacia el funesto desen-

¹⁸ Ibidem.

¹⁹ M. Aub en el prefacio a la edición francesa de *Doña Perfecta*. París 1963, p. 14.

²⁰ B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, p. 189.

lace y el conflicto, limitado hasta ahora a una órbita individual, acaba por asumir una dimensión colectiva. Pepe toma la resolución de huir con Rosario que, puesta ante el tremendo dilema de decidirse entre la madre y el novio, se decide, con el alma partida, por el segundo; pero la fuga de los amantes es frustrada, en el último momento, por doña Remedios, sobrina del canónigo, que viendo contrariado su plan ambicioso de casar a Jacintillo con Rosario y emparentarlo de tal modo con la familia más principal de Orbajosa, delata por venganza a doña Perfecta el proyecto de huida de los dos enamorados y ésta, en un paroxismo de ira, manda a Caballuco matar a Pepe. Con su muerte se interrumpe bruscamente la acción: en el epílogo puede enterarse el lector de que Rosario, ya antes muy delicada de salud, ha enloquecido, siendo así necesario internarla en un manicomio, mientras los dos autores principales de la tragedia, el canónigo y doña Perfecta, atormentados por los remordimientos, se han retirado del mundo, él renunciando a su cargo eclesiástico y ella buscando alivio en un aún más fervoroso ejercicio de prácticas religiosas.

Vamos a ocuparnos ahora de los dos protagonistas principales que son, por lo visto, el joven ingeniero y su tía, representantes de dos mundos antagonistas, inconciliables, y ya de antemano destinados a encontrarse en un choque que empujará la acción al trágico fin. La trama de esta novela se interpreta, por lo general, y tales eran, indudablemente, las intenciones del autor, como violenta polémica contra el atraso y los contrastes ideológicos del país que el autor, de orientación decididamente liberal y republicana, sentía con mucho apremio y mucha insistencia. Hay que considerarlo, en este sentido, como al más competente precursor de los noventayochistas en su afán de regenerar a España que le dolía acaso igualmente que a don Miguel y a la cual „ha hecho vivir con sus ciudades, sus pueblos, sus monumentos, sus paisajes“.²¹ Coincide verdaderamente en muchos aspectos con la generación del 98, aunque no fue siempre justamente valorizado por ella, siéndole reprochada carencia de individualismo, monotonía en su mundo novelesco y cierto desaliño en el estilo, amoldado demasiado al lenguaje familiar. Estas reservas enunciadas en un momento de marcada exaltación individualista han perdido, en el decurso del tiempo, mucho de su valor y hoy se le reputa, más bien, por el mejor retratista de la clase media que produjo España en el siglo pasado. La atención principal de Galdós se dirige a la burguesía madrileña, cuya vida retrata soberbiamente y con una gran precisión en su vasta obra narrativa, con una honda experiencia del alma humana, de sus sentimientos y pasiones.

También esta novela, una de las pocas cuya acción se desarrolla fuera de la Capital, y, a pesar de pertenecer a sus obras juveniles de menor empeño, demuestra un marcado talento de observador con aguda penetración psicológica,

²¹ Azorín: *Obras completas*, tomo II, p. 633.

sin alcanzar, naturalmente, la amplitud de miras de las novelas posteriores ni la maestría en captar e interpretar varios ambientes sociales, sometiéndolos a un único plan arquitectónico. Carece, por consiguiente, *Doña Perfecta* de la calma, imparcial objetividad con que el autor sabrá considerar y juzgar ulteriormente el *teatrum mundi* en el continuo vaivén de varias vicisitudes o contrastes de buena y mala suerte, del amor y odio, egoísmo y abnegación. Aquí no se trata, empero, de presentar un cuadro objetivo, imparcial y desapasionado de la sociedad española como sucede en las obras posteriores de Galdós, sino más bien de exponer a nuestra vista un determinado sector de la vida provinciana y pintarlo así como se le ofrecía al autor a base de sus impresiones personales o a través de sus peregrinajes por la Península. Fue comprobado ya anteriormente que Galdós no comprende el problema social en la significación que se le da hoy día como repercusión de varios factores concebidos en una amplia estructura colectiva, sino que parte más bien del hombre como individuo, el que se mueve con gran soltura en el ámbito de la trama, la impulsa, determina y desenlaza sin tener gran cuenta de componentes aparentemente extraños a la acción. Considerada *Doña Perfecta* desde este punto de vista podemos constatar que presenta un cuadro de perspectiva relativamente estrecha, unilateral, pero con todo eso bastante característico de la pequeña burguesía española y enfoca con gran atrevimiento el problema central en fuertes contrastes entre el progreso y la tradición, el racionalismo y la fe fanática embozada en estériles tradiciones y supervivencias medievales. He aquí porque vemos restringida la acción, en línea general, al conflicto entre dos fuerzas, dos sistemas contrarios e irreconciliables, entre la rígida, inamovible tradición cristalizada en las viejas enmohecidas formas de vida y entre el sincero anhelo de renovar el país bajo todos los aspectos, de europeizar a España según la divisa de los noventayochistas. Y hay que adscribir al mérito del autor que supo enuclear este conflicto de su corteza estrechamente individual, otorgándole las dimensiones de una lucha ideológica que va ensanchándose cada vez más y acaba por arrastrar a los protagonistas a su vórtice fatal.

Son éstos dos los tipos principales que impulsan la acción, confiriéndole el sello de su marcada personalidad, y deben de destruirse recíprocamente en una violenta colisión de ideas y pasiones. En ellos depuso sin duda el autor muchas de sus esperanzas por el mejor porvenir de España y de preocupaciones por su futuro destino. Mientras Pepe, símbolo antes bien o personificación de algunas cualidades positivas o de una actitud determinada, que un hombre de carne y huesos, resulta algo vago y nebuloso, carece de rasgos de cumplida individualidad, dejándose llevar por impulsos de su carácter honrado y rectilíneo, doña Perfecta no le cede nada en la terca tenacidad y firmeza de voluntad, pero sabe conseguir sus propósitos con mucho mayor encubrimiento y con perspicacia mucho más acertada, manejando hábilmente los hilos de la acción, imponiéndale su iniciativa

y luchando hasta el último gesto desesperado, cuando arrebatada por un acceso de loca ira, se deja arrastrar hacia aquel paso fatal que cuesta la vida a uno y trastorna el juicio a otra. Confrontada con su sobrino, posee un mayor grado de intuición y de sagacidad, sabe disimular y sigue impertérrita en sus objetivos, mientras Pepe representa en la intención del autor la honesta inteligencia, el anhelo de sacar la comarca de su atraso, de ahuyentar los fantasmas seculares del fanatismo, superstición e indolencia que entorpecen la vida pública; posee todas las buenas cualidades imaginables, todas las facultades mentales que podemos presumir en un personaje de su índole e inteligencia, pero pierde algo en comparación con la tía Perfecta, porque resulta limitado, más o menos, a un símbolo de tendencia doctrinaria, más fraseada que viva y convincente, a un pálido emblema de impecable perfección y, sin mínima tacha. Pertenece a aquellos tipos de Galdós que se muestran „listos, amables, locuaces, bien educados, finos en enamorar y duchos en fascinar, hasta guapos, para colmo de dichas“;²² su inteligencia parece un tanto árida, doctrinaria y de pronunciado tecnicismo racional, carente de aspecto afectivo. No parece comportarse, además, con una habilidad singular en la lucha contra su tía que, le gana mucho en la destreza de tratar con la gente y en el tino de servirse del prójimo para sus designios no siempre muy limpios, es verdad, pero que si no disculpables, pueden ser al menos comprendidos por el amor a su hija a la cual se empeña en preservar a toda costa del influjo de Pepe, a sus ojos pernicioso y extremadamente nefasto. „No hay que olvidar“, dice R. Grebeníčková a propósito de este personaje, „que doña Perfecta, resoluta en sus hechos y hábil en sus intrigas, justifica todas sus sabias maquinaciones contra el sobrino con el noble intento de proteger la hija contra el funesto ‚ateista‘ y con el íntegro fanatismo que combate por una cosa sacrosanta. O, mejor dicho, esta mujer de finos y nobles modales se yergue contra el protagonista quien llega para destruir las tradiciones arraigadas y refutar las supersticiones como representante de un sistema determinado, de una comunidad, por más corrompida que sea y muy poco basada en los valores humanos“.²³ Con eso no pretendemos afirmar, naturalmente, que la protagonista se presente como un tipo positivo; son al contrario las cualidades negativas las que parecen prevalecer en su carácter y de que se ha servido el autor para ponerla en un marcado contraste con Pepe, todo luz contra sombra, brío juvenil y nobleza de sentimientos. Y es acaso propio esta acumulación de rasgos positivos y simpáticos que en vez de procurarles el afecto del lector, acaba por perjudicarle y hace aparecer a este tipo algo aburrido y desvaído, mientras que la

²² Citado según J. Cejador Frauca: *Historia de la lengua y literatura castellana*. Madrid 1918, tomo VIII, p. 422.

²³ R. Grebeníčková en el prefacio a la traducción checa de *Doña Perfecta*, Praga 1959, p. 251.

madre de Rosario, lejos de ser un dechado cumplido de perfección, atrae por su intensidad emocional, por el vigor impetuoso de su carácter que no carece de rasgos imponentes y de cierta entereza moral, aunque no enderezada a objetivos justos y loables — por lo menos desde nuestro punto de vista — pero que infunde respeto por su férrea voluntad y por el infierno de pasiones desatadas en su alma que la empujan hasta al homicidio. Pulsa y vibra en ella una rica vida interior, una descomunal energía que no titubea en servirse de cualquier recurso al alcance de su influencia para asegurarse el cumplimiento de los planes cuya realización tanto le importa. No cabe duda alguna que es este personaje una repercusión „fiel del estado de espíritu de la sociedad teocrática y anquilosada que dio lugar a las guerras civiles“, como dice a propósito J. Casaldueiro, pero creemos poder aducir algunas circunstancias para atenuar la responsabilidad suya, ya que no podemos absolverla enteramente de los errores que ha cometido y de los cuales parece arrepentirse después de la desgracia que ha asolado su hogar.

Vamos a examinar primeramente algunos aspectos de su fisionomía moral. Se presenta doña Perfecta al principio de la acción como una mujer afable y simpática, altamente estimada por todos los orbajosinos. Parece que los años no pasen por este ser bendecido, como afirma el tío Licurgo, ya que „bien dicen que al bueno Dios le da larga vida. Así viviera mil años ese ángel del Señor. Si las bendiciones que le echan en la tierra fueran plumas, la señora no necesitaría más alas para subir al cielo“. ²⁴ Una aserción que nos parece harito atrevida, ya que sospechamos con alguna razón que la buena señora se haya cautivado la estima de los conciudadanos más bien por su conspicuo patrimonio que por sus modales que no debían de ser, después de todo, extremadamente amables ni complacientes; es, en rigor, la riqueza deslumbrante de que doña Perfecta goza y que, en medio de la miseria más lamentable le da un respeto desmesurado y un prestigio casi mágico, sobrenatural. Supongamos que socorre a los menesterosos, profesando la caridad según los preceptos de la Iglesia, aunque con cierta cautela, porque no se excede probablemente en prodigar la caridad y si da limosnas, lo hace en espera de una recompensa, más bien de una doble recompensa: en la tierra, donde la acompaña, como le gusta de imaginarse, la bendición de los menesterosos, y en el cielo donde habrá de pagársele con la beatitud eterna su piedad y misericordia. En cuanto a la recompensa celestial no nos atrevemos a afirmar, nada de seguro, pero respecto a la retribución terrestre es lícito presumir que no haya perdido en este asunto. Basta tener presente a Caballuco o a cualquier otro partidario suyo, incondicionalmente adicto a su ama; es acatada por ellos como un ser superior y obedecida ciegamente, sin la más mínima discusión, pareciendo circundada por un nimbo de santidad. Su relación con

²⁴ B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, p. 10.

la Iglesia estriba en la base del provecho recíproco: *do ut des*. No hay que poner en duda su sincero apego a la religión, aun cuando su fe sea autoritaria como ella misma, más basada en las apariencias externas que en la fervorosa devoción y halle más bien complacencia en espléndidas funciones, en misas solemnes, procesiones y novenas, que en el verdadero recogimiento espiritual. Resulta ser esta inclinación a las manifestaciones brillantes y pomposas un rasgo intrínseco, esencial de su ser, ya que tampoco el funesto fin de Rosario, que ha desgarrado ciertamente su corazón materno, la induce a renunciar a tal actitud de beatería absurda y inojigata. Mas su devota sumisión ante la madre Iglesia y sus ministros no queda sin premio, como ya hemos advertido; si se excede en la exhibición aparatosa de su religiosidad, recibe el equivalente en los servicios valiosos que esta misma Iglesia le presta, aumentando debidamente su prestigio frente al pueblo y corroborando su posición social en el marco del establecido orden político e ideológico. Debe ver, por consiguiente, en Pepe a un acérrimo, temible enemigo, aliado de las fuerzas satánicas que subvierten y socavan los fundamentos de las instituciones eclesiásticas. No podemos darnos por entendidos, sin embargo, con la opinión de Gamero, según el cual Doña Perfecta sería sólo un instrumento más o menos pasivo, impulsado por don Inocencio, quien le sugiere cuanto ha de hacer; su ascendiente sobre la beata señora es indiscutible, pero se trata más bien, a nuestra opinión, de una absoluta identidad de criterios y de intereses que determina las relaciones recíprocas entre estos dos enemigos jurados de Pepe y no cabe duda de que ella no vacilaría, si fuera necesario, en seguir sus propios caminos y sus propios intereses. En vista de la gran estima en que la tienen los pueblerinos, de los cuales no pocos dependen directamente de ella („esta pobre gente“, exclama, „que tan generosamente sabe sacrificarse por una buena idea, se contenta de tan poco“) no le resulta muy difícil el sublevar la opinión pública contra el sobrino, cuando se da cuenta de que éste no parece dispuesto a abandonar sin lucha el campo. Desata por eso contra él una sorda campaña difamatoria, secundada por el canónigo que igualmente sigue sus objetivos personales, o mejor dicho familiares, anhelando desembarazarse del rival de Jacintillo. Sus enemigos no han de esforzarse, por lo demás, mucho: „aseméjase“ Pepe, como advierte Gamero, „al toro bravo y claro, que acude con ímpetu y valor al engaño que presentan ante sus ojos, sin tener en cuenta la fuerza que pierde en cada embestida“.²⁵ La misma doña Perfecta no niega en la última entrevista con el sobrino estas maquinaciones, pero sí niega la vil intención que le imputa Pepe, justificándose con estas palabras: „¿Con qué derecho te metes a juzgar lo que no conoces sino por indicios y conjeturas? Tienes tú la suprema inteligencia que se necesita para juzgar de plano las acciones de los demás y dar sentencia sobre ellos? Eres Dios para

²⁵ E. G. Gamero: *Galdós y su obra*. Madrid 1934, p. 26.

conocer las intenciones?"²⁶ Enfrentanse dos voluntades férreas, inflexibles: la de Pepe, abierta a nuevas ideas y partidaria del libre albedrío, y la de su tía, fanática, inflexible, cerrada herméticamente en su mundo interno, estrecho y de un horizonte muy limitado, pero no falta de vida autónoma y de un propio concepto ideológico. Es ella quien „tiene el feudalismo“, según dice Pepe, „en la medula de los huesos“ y defiende por eso con fanatismo tan tenaz como apasionado a la sociedad de la cual forma parte y a la que se siente unida por todas las fibras de su ser. No sabríamos decir quién de los dos cede un palmo de terreno en el último encuentro que celebran, antes de separarse como enemigos mortales; nuestras simpatías van dirigidas, naturalmente, a Pepe como exponente de las ideas progresistas, aunque lo vemos derrotado de antemano, mas por otra parte no podemos desconocer en doña Perfecta cierta elevación mental e intensidad dramática, parece una rígida estatua de bronce, una figura colosal cuya sombra aciaga se pone sobre la trama como la sombra de la Catedral sobre Orbajosa. Es una figura esencialmente trágica, a pesar de su discrepancia o acaso, mejor dicho, por su discrepancia con nuestro mundo, trágica por la fiera intransigencia ideológica y el apego a aquella España tradicional, estéril y agonizante que por fuerza debía ceder paso, como lo sentía el autor y como también nosotros lo sentimos, a otra España más tolerante y orientada ya no hacia el pasado, sino hacia el porvenir. Sea como fuere, el autor ha creado en ella la más atrayente y vigorosa figura de esta novela que pone en sombra a los demás protagonistas por la violencia de sus contrastes e intensa vida interior. Nos parece por eso hartamente injusta y parcial la opinión de C. Barja quien se indigna con la idea de „que un artista como Galdós teja una fábula tan burda como la de *Doña Perfecta*, con intervención de la tropa, revolución social, asesinato, etc. Esto es lamentable, y es imperdonable la trivialidad de las ideas puestas sobre el tapete“.²⁷ Es verdad que la novela, escrita de un golpe y apenas esbozada en su imaginación²⁸ parece en algunas partes un tanto improvisada y sin un plan fijo y premeditado, pero eso no autoriza a nadie a hablar de una „actitud equívoca y falsa“ como lo hace J. de Entrambasaguas.²⁹ Seríamos más bien propensos con Gullón a ver en este personaje, a pesar de cierta escueta, inflexible rigidez y monotonía, una figura no falta de monumentalidad que sabe amar, sufrir y hasta matar. Alcanza una gran intensidad emocional y si vive

²⁶ B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, p. 206.

²⁷ César Barja: *Benito Pérez Galdós*. Madrid 1925. Citado por J. de Entrambasaguas: *Las mejores novelas contemporáneas*. Barcelona 1962, tomo I, p. 813.

²⁸ Es el autor mismo quien nos cuenta que comenzó esta novela sin saber cómo había de desarrollar el asunto: „La escribí a empujones, quiero decir, a trozos, como iba saliendo; pero sin dificultad, con cierta afluencia que ahora no tengo.“ J. Cejador y Frauca: *Historia de la lengua y literatura castellana*. Madrid 1918, tomo VIII, p. 437.

²⁹ J. de Entrambasaguas: *Las mejores novelas contemporáneas*, ibidem.

hasta hoy en la memoria de los lectores, eso no sucede sólo por sus cualidades negativas, sino y sobre todo por ser un personaje que cumple su destino en la sombra de la fatalidad que gravita sobre ella, movida por auténticas, aunque malas y reprobables pasiones. En esta luz hemos tratado de verla y de interpretar el mundo de sus sentimientos e ideas.

Terminemos esta disquisición con una breve nota marginal sobre otro personaje que nos puede interesar respecto al tema de que nos ocupamos. Es la dulce, angelical Rosario, víctima del conflicto entre Pepe y su madre que carece, según una opinión (Gamero) en absoluto de voluntad y energía para hacer triunfar su amor, mientras según otra (Correa) parece nada menos que un ángel rebelde, cuya „conciencia se sumerge en una atmósfera de satanismo al penetrar con valentía en el reino del pecado“.³⁰ Ambas aseeraciones tienen su parte de verdad y de error: Rosario, debido a su carácter tímido y reservado, a la educación recibida de su madre y a la vida retirada que lleva, es un dechado de modestia y amor filial, pero el cariño que profesa a Pepe produce una angustiosa disidencia en su alma y plantea ante ella el ineluctable problema de optar por la madre o por el primo. Ya sabemos cómo ha resuelto este dilema después de convencerse de que su madre jamás le permitiría casarse con Pepe. Sigue entonces lo que califican algunos críticos galdosianos de rebelión, aunque más bien pudiera hablarse de un arrebato desesperado de precipitar los eventos, forzar la solución, cueste que cueste. Precisamente como identifica doña Perfecta a Pepe con todo lo que aborrece y detesta (véase el diálogo clave con doña María Remedios), así coincide para la enamorada Rosario su novio con la más cumplida perfección y con la esperanza de suma felicidad a la cual no puede ni sabe renunciar. No se trata naturalmente de una pasión pecaminosa, extraconyugal y susceptible de condenar su alma, sino de un amor debidamente legalizado por el matrimonio con un esposo de cuya sincera fe religiosa no duda en mínimo, después de haberle hecho jurar ante el Cristo crucificado. No se trata pues de una revuelta contra el sistema social al que está incorporada, declarándose inconforme con sus instituciones, sino de una lucha restringida a un ámbito estrechamente personal, sin atender a criterios de más vasto empeño. Su desobediencia a la madre es de alcance meramente personal, se desarrolla en la órbita de las tradicionales creencias religiosas y pierde, por consiguiente, mucho de la tensión dramática, característica para la actitud de su madre que obra en una bastante más vasta y comprometida esfera de ideas. Debe sucumbir en este conflicto desigual, triturada como un grano entre dos moles, pero su figura simpática, aunque algo desvaída y poco vigorosamente modelada que sólo en el final de esta novela alcanza un relieve más plástico, se queda grabada en la memoria

³⁰ G. Correa: *El arquetipo de Orbajosa en Doña Perfecta de Pérez Galdós*. „La Torre“, año VII, p. 135.

del lector como uno de los más luminosos personajes galdosianos. De este modo se nos presenta, según nuestro modesto parecer, la contextura ideológica y social de *Doña Perfecta* en atención especial a algunas figuras más salientes, cuya fisonomía puede interesarnos por cuanto tengan alguna relación con el ambiente y los personajes respectivos de *La casa de Bernarda Alba*.

2.

Esta tragedia estrenada en Buenos Aires algunos años después de la muerte del autor (1945), pasa de común acuerdo por su mejor obra dramática en la que logró penetrar a los estratos más recónditos de su pueblo y captar la realidad preñada de un dinamismo febril, desasosegado y palpitante de pasión que sube hasta el vértice de la catástrofe y alza sus protagonistas, desde el estrecho ambiente rural, a la esfera de valor universal, simbólico. No se trata aquí como en *Doña Perfecta* de dos mundos diferentes, heterogéneos e incompatibles, entre los cuales no hay fusión posible, sino de un solo mundo densamente compacto e impenetrable que de por fuera podría hallar cierta analogía en la atmósfera enmohecida, opaca y sombría de Orbajosa. El conflicto no se desarrolla, por lo tanto, mediante el choque de dos ideologías, sino brota de un ambiente encerrado en sí mismo, concentrado herméticamente en su retrainimiento y en su órbita de pasiones primordiales, donde „la vida y la muerte se elevan mutuamente, dando por resultado un intenso sentimiento de existencia“.³¹

Una sucinta exposición de la trama puede también esta vez ayudarnos a comprender la íntima estructura artística y humana de este drama. La acción no tiene lugar en el ambiente andaluz en que se inspira la casi total producción artística de Lorca, sino que se desarrolla en un pueblo cualquier castellano, elevado, sin embargo, como la vetusta Orbajosa de Galdós, al rango de símbolo de una realidad oprimente y angustiosa. El enfoque psicológico resulta empero más intenso, más concentrado y el interés documental mucho más mermado respecto a *Doña Perfecta*. El poeta advierte „que estos tres actos tienen la intención de un documental fotográfico“ y hasta parece que él mismo trató de seguir esta línea de un escueto realismo, pero ha sucedido lo que era previsible: la potente fuerza imaginativa del autor y la tendencia sintetizante, deseosa de restringir al universo dentro de los cuatro muros, le desvió muy pronto de tal camino y le impuso una visión menos propicia a la interpretación fotográfica de la realidad, pero en compensación mucho más verídica en lo que concierne la superior autenticidad de intuición poética.

³¹ Christian Eich: *Federico García Lorca, poeta de la intensidad*. Madrid 1958, p. 116.

Un acontecimiento funesto ha afligido a la familia de Bernarda Alba, una campesina más o menos acomodada, aunque ni de lejos tan rica como doña Perfecta, que vive retirada con sus cinco hijas en una casa rústica pero no falta de ciertas comodidades; acaba de morir su marido y padre de las cuatro hijas, mientras la primogénita Angustias es fruto del primer matrimonio de doña Bernarda. Las dos criadas, que no han tomado parte en los funerales, aprovechan de la ausencia de su ama para una vez saciar su hambre, ya que Bernarda Alba, muy hacendera y más bien avara que dadivosa, vigila celosamente las llaves de la despensa. Esta feliz ocurrencia les ofrece una ocasión oportuna para desahogarse la una con la otra y manifestar su encono hacia el ama despiadada e inhumana, „tirana de todos los que la rodean... capaz de sentarse encima de tu corazón y ver cómo te mueres durante un año sin que se le cierre esa sonrisa fría que lleva en su maldita cara“.³² También la otra, Poncia, que sirve ya muchos años en la casa y goza de cierta posición privilegiada, no oculta su rencor: „Treinta años lavando sus sábanas; noches en vela cuando tose; días enteros mirando por la rendija para espiar a los vecinos y llevarle el cuento; vida sin secretos una con otra, y sin embargo, ¡maldita sea! ¡Mal dolor de clavo le pinche en los ojos!“³³ Una misma sensación de descontento y rebelión serpentea por debajo del rescoldo de la apática resignación de estas dos mujeres que no ven la mínima posibilidad para desembarazarse de la humillante tiranía de doña Bernarda. Saben sólo, que no tienen nada más que sus manos para trabajar y que al fin se quedan con un hoyo de tierra, „la única tierra que nos dejan a los que no tenemos nada“.³⁴ Poncia, de origen humilde e hija probablemente de una trotera, odia además a Bernarda porque le reprocha su madre (¡„El lupanar se queda para alguna mujer ya difunta!“) y la trata con un aire de altivo desprecio, aunque no falto de cierta confianza. Cree Poncia, sin embargo, que llegará el día en que ya no tendrá que ladrar como buena perra y morder los talones de los que piden limosna cuando la azucen para hacerlo; presente que un día se hartará de los agravios que sufre en esta casa y „ese día me encerraré con ella en un cuarto y les estaré escupiendo un año entero. Bernarda, por esto, por aquello, por lo otro, hasta ponerla como un lagarto machacado por los niños, que es lo que es ella y toda su parentela.“³⁵ La miseria que sufren y la humillación que deben soportar endurece su corazón y las hace crueles con los que son aun más pobres; la criada se niega dar las sobras a una mendiga y la echa fuera con dureza cuando ésta, con un niño en los brazos, pide la limosna que no debería serle rehusada en razón de un día

³² F. García Lorca: *Obras completas*. Madrid 1954, p. 1349.

³³ *Ibidem*, p. 1350.

³⁴ *Ibidem*, p. 1351.

³⁵ *Ibidem*, p. 1350.

tan excepcional. Difiere mucho la atmósfera de esta escena introductiva del ambiente de armonía casi idílica entre el ama y la servidumbre que reina en la mansión de doña Perfecta; en ambos casos se trata de una obediencia ciega, incondicional, aunque mientras allí resulta esta obediencia espontánea, dictada por sentimientos de gratitud y lealtad absoluta, aquí se revela más bien en colores muy diferentes y a nuestro parecer más naturales, más correspondientes a una determinada situación ambiental. En *Doña Perfecta* se restringe este problema en un cauce estrecho de convivencia casi patriarcal y de intereses poco menos que idénticos, mientras en el drama lorquiano se manifiesta el mismo problema en toda su brutal desnudez, reducido a la relación elemental de los explotadores y explotados que se combaten con un enconado odio sin tregua y sin mínima ilusión de poder conciliar intereses tan contrarios y antagónicos; no se presenta aquí nada que dé margen, en ese sentido, a una solución o perspectiva algo más clara, más positiva. El oscuro fatalismo que determina la acción parece hallar su repercusión y también su contrapeso en una rigidez obtusa, irreconciliable del mundo ético y social. Mas no compartimos la opinión de Eich, quien observa que „reflejando despiadadamente, estas y semejantes costumbres Lorca no practica en absoluto la crítica social“.³⁶ No cabe duda que la crítica social, en cuanto la encontramos en este drama, es más bien implícita que explícita, no tiene una función directamente acusatoria, no intenta denunciar, sino sólo relatar, añadir un detalle más, un nuevo aspecto parcial al conjunto artístico que el autor se empeña en realizar; mas por otro lado no nos atreveríamos a negar la presencia de este aspecto social en *La casa de Bernarda Alba* ni menospreciar su ascendiente, aun cuando se trate de una crítica subordinada a propósitos de una categoría diferente.

Vamos a seguir el ulterior desarrollo de la trama. Este rato de descanso dura poco y la charla de las criadas es interrumpida bruscamente por la llegada del ama de la casa, cuya voz autoritaria se oye antes de presentarse en escena acompañada de sus cinco hijas enlutadas y en medio de otras mujeres que acaban de regresar del entierro, mientras los hombres deben quedarse en el patio, porque doña Bernarda jamás les permitiría el entrar en la casa. Prohíbe llorar a una de las hijas — probablemente la única que deplora la muerte de su padre; impone silencio a las sirvientas y les ordena irse, ya que éste no es su lugar. Desprecia y aborrece a los pobres que son a sus ojos „como los animales: parece como si estuvieran hechos de otras sustancias“.³⁷ Una de las mujeres observa que los pobres tienen también sus penas, a lo que replica doña Bernarda con desprecio que si las tienen, „las olvidan delante de un plato de garbanzos“.³⁸ La tímida protesta de una muchacha suprime con palabras duras,

³⁶ Christian Eich, p. 146.

³⁷ F. García Lorca: *Obras completas*, p. 1353.

³⁸ *Ibidem*, p. 1353.

llenas de un desdén cruel y sarcástico. Con la misma dureza trata a Poncia: „Me sirves y te pago. ¡Nada más!“ Y cuando ella le propone de dar a los pobres algo de la ropa del muerto que guarda en el arca, le responde de mal humor: „Nada, ¡ni un botón! Ni el pañuelo con que le hemos tapado la cara.“⁴⁰ Emanan de estas bruscas palabras la excesiva, hasta feroz avaricia que encontramos muy a menudo entre la gente del campo, apegada con una extrema tenacidad a lo suyo ya que lo ha ganado con trabajo duro y extenuante. En *Doña Perfecta* no topamos, sino por alusiones (tío Licurgo), con esta extremada codicia de bienes de este mundo, la acción se concentra en otro ambiente social y el autor no se interesa mucho de este problema, dirigiendo sus miras a otros aspectos de la vida campestre. Los sirvientes, todos los que comen el pan amargo de la humillación, recogiendo las migas de la mesa de los amos, no tienen, según la filosofía muy peculiar de doña Bernarda, otro derecho que „obrar y callar a todo. Es la obligación de los que viven a sueldo“.⁴¹

Hace un calor oprimente y abrumador que emana de la campiña y grava como una capa de plomo sobre las mujeres, mientras recitan las plegarias y ruegos fúnebres para el difunto. Acabadas las oraciones se retiran inmediatamente, acompañadas por el desprecio de Bernarda que les echa palabras llenas de hiel y veneno. Esta escena introductiva nos perfila en rasgos escuetos pero bastante significativos la figura de la protagonista principal y hace resaltar el temperamento acerbo e irreductible del ama de la casa. Emanan de su carácter un odio bilioso como si esta mujer, amargada por un secreto dolor o desengaño de su vida, anhelara el vengarse de la misma vida en sus hijas ya no jóvenes, fuera de Adela, y ajadas por el ambiente lóbrego y mustio de la casa materna. Sólo Adela sabrá rebelarse, en nombre de la energía que siente pulsar impetuosamente en sus venas, contra la reclusión casi monacal y contra el severo aislamiento al que las condena la férrea disciplina de la madre, mientras que las otras hermanas ya se han resignado con su suerte y apenas si se atreven a soñar con la evasión de este ambiente sombrío y grisáceo dentro del cual están encerradas. Una de ellas, Martirio, habría podido casarse con un joven campesino, pero la madre se ha opuesto a este matrimonio, pareciéndole el novio demasiado pobre y de condición inferior a la de sus hijas; „¡mi sangre,“ exclama, „no se junta con la de los Humanas, mientras yo viva! Su padre fue gañán“.⁴² Sólo Angustias, la primogénita, que proviene del primer matrimonio de Bernarda y tiene ya casi cuarenta años, puede casarse, por ser rica, con Pepe el Romano, un joven gallardo y arrogante el cual a pesar de no aparecer en escena, es indirectamente el protagonista principal de este drama. Es él quien

⁴⁰ *Ibidem*, p. 1366.

⁴¹ *Ibidem*, p. 1408.

⁴² *Ibidem*, p. 1406.

mueve los resortes secretos de la acción. le impone un ritmo siempre más dinámico, desata y exacerba las pasiones y las precipita a un desenlace igualmente trágico como el de *Doña Perfecta*. En este mundo de formas arcaicas e inmovilizadas, donde los protagonistas principales tienen una función simbólica, sea de afirmación o negación de la vida, adquiere Pepe el Romano casi la proporción de un mito, algo como la eterna fuerza regeneradora y a la vez destructiva de la Naturaleza, y aunque invisible, parece omnipresente, apoderándose con un ímpetu arrebatador y soberano de la fantasía de las muchachas enamoradas de él. Toda la atmósfera de la casa parece saturada de un sentimiento de angustiosa espera, de anhelo de algo indecible y prohibido que se identifica en su fantasía excitada con el gallardo pretendiente de la primogénita, codiciado en secreto por todas las otras. No se trata, sin embargo, como en *Doña Perfecta*, de un conflicto entre dos mundos ideológicamente contrarios, escindidos entre el progreso y la tradición, entre las tendencias liberales y el oscurantismo clerical, aquí estamos por entero fuera del ambiente de las ideas y nos encontramos sumidos en un mundo primordial que tiene sus propias leyes y envuelve a los personajes en un nimbo legendario. Sucede así que la pasión choca contra la pasión, el odio contra el odio y la rígida disciplina contra el anhelo de sacudir esta misma disciplina aborrecida e intolerable. Algo semejante vemos en el gran teatro nacional, ante todo en los autos de Calderón, mientras en ellos la trama se limita igualmente a una lucha entre las fuerzas abstractas, entre lo natural y lo sobrenatural, entre la voz de la tierra y el cielo. Bernarda Alba posee en el mismo grado elevado el sentimiento de honor, tan peculiar para el clásico teatro español; basta pensar en *El médico de su honra*, o en una forma menos truculenta, en *El alcalde de Zalamea*. Desde este punto de vista parece el ambiente de *Doña Perfecta* menos arcaico y rudimentario, aunque en su íntima substancia coincida con el del drama lorquiano; es que Galdós no se fija mucho en su íntima substancia, contentándose con algunos rasgos someros y enderezados más bien a ofrecer el panorama global de Orbajosa como un fondo contrastante y muy poco matizado, sobre el cual se destaca nítidamente el otro mundo de progreso y de formas de vida más civiles.

Concluye el primer acto la escena tragicómica cuya protagonista es la madre de Bernarda, una vieja octogenaria, loca y poseída de una especie de erotomanía; aparece ataviada con flores y en busca de joyas, imaginándose en su pobre trastornada cabeza que se va a casar a la orilla del mar. La encontramos de nuevo en el tercer acto, ya próximo al desenlace, con una ovejita en los brazos, mientras se figura acariciar a su niño y desea abandonar la casa, irse lejos de allí, ver los campos, „las casas abiertas y las vecinas acostadas en sus camas con sus niños chiquitos y los hombres fuera sentados en sus sillas“.⁴³

⁴³ Ibidem, p. 1433.

Parecen reflejarse en este episodio, como en un espejo cóncavo, las siluetas grotescamente desfiguradas de las cinco hermanas dentro de la cárcel estrecha y opresiva donde han pasado toda su juventud y han de pasar, fuera de Angustias, dotada únicamente de la prerrogativa de ser rica, todo el resto de su vida inútil y frustrada. Se sienten atormentadas por el peso invisible que las agobia, por la atmósfera de abulia paralizadora que sienten cernerse sobre ellas, por la barrera que las separa del mundo y que temen derribar o traspasar para vivir como viven otras coetáneas suyas, pobres sí, pero libres y sin trabas que sujetan a las hijas de doña Bernarda.

Si era en el primer acto la madre quien dominaba la acción y la impulsaba, imponiendo a las hijas y a la servidumbre su voluntad irrefutable, se acentúa en el acto siguiente el sordo, aunque disimulado descontento de las cuatro hijas de Bernarda. Se adivina cada vez con mayor evidencia la tempestad que está a punto de desencadenarse sobre la casa, parecida a un barco en alta mar que pelagra de hacer agua, siendo la madre la única que siente la responsabilidad y se esfuerza por evitar la catástrofe. Lo que más la preocupa, es, empero, el miedo al escándalo, no quiere que llegue al conocimiento del vecindario nada de lo que pasa en su hogar, para no convertirse en el hazmerreir de los burladores malintencionados, mientras que no se cura para nada de la opinión de sus hijas: „yo no me méto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar“.⁴⁴ La proyectada boda de Angustias con Pepe el Romano echa siempre más leña al fuego de las pasiones, frenadas hasta ahora por la dura disciplina familiar. La conversación de las hermanas que están cosiendo o bordando las sábanas para la novia, se concentra sobre un punto muy interesante: ¿a qué hora se retiró Pepe la noche anterior? Unas dicen que algo después de la una, mientras Martirio afirma que Pepe se fue sólo a las cuatro. Esta escena, en ausencia de Adela, echa una luz ambigua sobre Pepe, aumenta la tensión y da lugar a varias conjeturas que van tomando el cuerpo de una sospecha cada vez más consistente. Y Adela es en efecto la única que finge haber dormido toda la noche pasada, aunque es ella quien sabe mejor que nadie a qué hora se despidió Pepe el Romano: a la una con Angustias, pelando con ella la pava ante la reja de su cuarto, mientras después se encontró en una cita secreta con Adela. Y así como cierra el primer acto la escena simbólica con la madre de Bernarda, intercala Lorca en el acto siguiente un episodio emocionante que alza mucha polvareda en el pueblo y lo sacude de su modorra. No se trata esta vez de una inesperada llegada de tropas que ocuparon al son alegre del clarín la veneranda ciudad episcopal, sino de una cincuentena de segadores que van, como de costumbre, de un lugar a otro para recoger las mieses. „Vinieron de muy lejos“, refiere Poncia, y ¡cómo son alegres! ¡Como árboles que-

⁴⁴ Ibidem, p. 1421.

mados! Dando voces y arrojando piedras! Anoche llegó al pueblo una mujer vestida de lentejuelas y que bailaba con un acordeón, y quince de ellos la contrataron para llevársela al olivar. Yo los vi de lejos. El que la contrataba era un muchacho de ojos verdes, apretado como una gavilla de trigo".⁴⁵ Este relato y el coro de los segadores que se oye de lejos, acrecienta todavía más la atmósfera de malestar que pesa sobre la casa de Bernarda Alba y persigue aun con mayor obsesión a las hermanas ocupadas en comentar este suceso con una mezcla de indignación y secreta envidia.

Mientras Adela alterca con Martirio sobre Pepe, que forma el incesante argumento de sus disputas rencorosas, cunde por el pueblo una noticia tan enorme e increíble que parece absurda: la hija soltera de una vecina mató a su hijo recién nacido, para ocultar su vergüenza, y enterró a la criatura debajo de unas piedras. Un gran alboroto entre los pueblerinos fanatizados y sedientos de castigo; quieren matar a la pecadora, arrastrándola por los campos. El conflicto entre Bernarda y su hija que ya precipita a su funesto desenredo, está prefigurado en el diferente criterio de las dos mujeres frente a lo sucedido; mientras la madre clama venganza e incita a los perseguidores a matarla, Adela se solidariza con la infanticida en la cual ve reflejada, involuntariamente, su propia suerte, presintiendo ya el trágico fin que la amenaza; la madre, azuzando a los campesinos enfurecidos, parece azuzar a ella misma y precipitarla más adentro en el abismo de la deshonra.

El tercer acto acentúa más aún este conflicto fatal, disfrazado bajo la máscara de muda, renitente obediencia. Mas la tormenta llega volando; Bernarda la ha presentido ya antes, „pero no creía que estallara tan pronto. ¡Ay, qué pedrisco de odio habéis echado sobre mi corazón!“⁴⁶ se lamenta frente a las cinco hermanas que reprochan a Angustias que Pepe se haya fijado en ella sólo porque es rica. Se hace sentir en sus palabras un acento de honda preocupación y hasta temor, el mismo acento atribulado que hemos podido notar ya antes en la escena con la fotografía de Pepe encontrada bajo la sábana de Martirio, cuando dirige a las cuatro hermanas estas palabras acerbas: „Me hacéis al final de mi vida beber el veneno más amargo que una madre puede resistir.“⁴⁷ Mas en seguida prevalece el orgullo y la desconfianza sobre sentimientos más tiernos y gana en ella otra vez terreno la falaz ilusión de manejar con firmeza las riendas del gobierno: „Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras y esta casa levantada por mi padre que ni las hierbas se enteren de mi desolación.“⁴⁸ Vuelve a entregarse a la ilusión que nada puede suceder sin

⁴⁵ Ibidem, p. 1393.

⁴⁶ Ibidem, p. 1403.

⁴⁷ Ibidem, p. 1400.

⁴⁸ Ibidem, p. 1403.

conocimiento suyo y tanto menos contra su voluntad: „En esta casa no hay un sí ni un no. Mi vigilancia lo puede todo.“⁴⁹ Este orgullo desmesurado y presumido sale de nuevo a luz en la plática con una amiga suya la cual se queja de que el marido, desavenido por motivos pecuniarios con toda la familia, repudia hasta a su propia hija, reprochándole desobediencia. „Es un verdadero hombre“, aprueba Bernarda aquella conducta, y en cuanto a la muchacha, „una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en una enemiga“.⁵⁰ En la vida, según su concepto que no tolera la más mínima réplica, hay los que mandan y los que deben obedecer: un término medio no existe.

El pataleo furioso de un mulo garañón en brama acrecienta aun más el sentimiento de sorda inquietud de que parece estar impregnada toda la casa; es un presagio de algo funesto e inevitable, una expresión de elementos mágicos que simbolizan el inmenso poder de la fuerza fecundativa a que se opone en este caso el estrecho espacio de la caballeriza. Sólo el ambiente ha cambiado; no encontramos aquí símbolos sobrenaturales (la luna, la muerte) que intervengan en la acción, revestidos de potencia extrahumana, y todo se desarrolla en el plano de la vida común. Lo sobrenatural se identifica esta vez con el sentimiento exuberante e incontenible de la plenitud vital y de armonía entre varias fuerzas informes y caóticas en el seno de la Naturaleza. Y donde no hay esta armonía se altera el equilibrio entre varios componentes de la misma estructura. La suerte está echada; nadie puede prevenir la desgracia que se cierne sobre la casa de Bernarda Alba y va a sumirla en un nuevo luto. Adela no se deja intimidar ni por la madre ni por Martirió que la espia y amenaza, aguijoneada por celos, de delatar su secreto; ya no quiere ni puede ir atrás. Adela es la voz impetuosa, irrefrenable de la vida y la vida la llama con una insistencia tenaz e insinuante; ya no tiene miedo a la madre, el amor la pone fuerte y bien armada. Ya no le importa ahora el estar sola contra todas las otras mujeres de su casa que representan o la opresión o la incapacidad de enfrentarse con ella. El ambiente en que vive le parece un charco de agua podrida, en contraste con la plenitud de vida que ella ansia experimentar, „ver correr lleno de lumbre lo que está quieto y quieto años enteros“.⁵¹ No vacila en arrancar de las manos de la madre el bastón con que ésa la quiere castigar y lo rompe en dos: „¡Aquí se acabaron las voces de presidio! Esto hago yo con la vara de la dominadora. En mí no manda nadie más que Pepe.“⁵² Es él cuya sombra gigantesca envuelve la escena, él, dominador y triunfante, porque es la corriente de la vida, eterna y flúida en contraste con la tradición petrificada,

⁴⁹ *Ibidem*, p. 1426.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 1415.

⁵¹ *Ibidem*, p. 1424.

⁵² *Ibidem*, p. 1437.

con el principio de la ciega autoridad, de soberbia y avaricia. Por eso no puede morir, es eterno e indestructible como la vida misma, y en balde trata la madre de matarlo: jamás podrá librarse de su presencia obsesionante que la perseguirá, mientras viva, y gravará sobre la casa de Bernarda Alba. La victoria de Adela nos parece, sin embargo, ficticia; es ella quien sucumbe, en realidad, en esta lucha sin cuartel, engullida por el vórtice de su pasión a que sacrifica todo, la honra y el amor filial; acaba por mostrarse demasiado débil, asimismo como Rosario, para alcanzar la victoria final. Hemos dicho que el amor en la concepción lorquiana es símbolo de las potencias vitales de la Naturaleza que otorga la vida pero también la destruye en su eterno ímpetu productivo y devastador; y también Pepe, el jinete que va „corriendo vivo por lo obscuro de las alamedas“ posee esta doble significación positiva y negativa, de luz y de sombra, de elementos que dan la vida y la quitan. Más de una vez encontramos, por lo demás, al jinete en la poesía lorquiana, donde tiene esta significación simbólica, y en *Bodas de sangre* galopean el novio y la muerte en el mismo caballo hacia la perdición. Ch. Eich,⁵³ como intérprete de la intensidad en la obra poética y dramática de Lorca, se pone naturalmente al lado de Adela como víctima en este conflicto que destrozó su vida joven y llena de esperanzas; pero ¿podemos considerar con él la muerte de ella como una victoria en nombre de la plenitud vital y contra su madre la cual exterioriza una actitud contraria, antivital? ¿Son sólo las otras hermanas, quienes no saben salir del círculo mágico del despotismo ancestral, víctimas del orden rígido, hierático de Bernarda Alba? Adela se precipita en la muerte y este su gesto supremo sí que expresa rebelión contra la autoridad materna, contra las formas anquilosadas de la tradición, contra las potencias que insidían las mismas raíces de la vida; mas ¿no se trata antes bien de un ademán desesperado, de conciencia de su propia derrota, de renuncia definitiva a todo lo que anteriormente anhelaba? Hay que hacerse cargo de su situación para comprender los motivos que la impelen al suicidio: la presumida muerte de Pepe a manos de su madre la precipita en el abismo de la más negra desesperación, con él se imagina de haber perdido todo lo que amaba en esta vida, ya que es el amante quien le simboliza la vida misma que en adelante no tendrá ningún valor para ella; se siente terriblemente vacía, desalentada y despojada del brío vital. La corta trayectoria de su existencia terrenal tiene muchos rasgos análogos con la de Rosario.

El tema de vida y muerte en medio del cual actúan los protagonistas, semejantes un tanto a muñecos manejados por el destino, se entrelaza en el último drama de Lorca con otros motivos paralelos o subordinados, formando un conjunto inextricable y homogéneo en que la voz de los actores principales se confunde y confluye en una sola corriente. Y al fondo de este misterio atávico

⁵³ Véase la adnotación 31.

que el autor siente en toda su solemne gravedad, se destaca tanto más nítidamente la figura de Bernarda que relega al segundo plano a todas otras protagonistas, no exceptuando a Adela, su única digna rival y antagonista, ya que las demás cuatro hermanas parecen formar sólo un coro, como en la tragedia antigua que comenta lo sucedido, sin poder intervenir mínimamente en ello. Y es ante todo en la escena final donde podemos con mayor evidencia darnos cuenta de que esta figura gigantesca, monolítica, como tallada en un único bloque informe, llega a ser, en el intento del autor, algo más que un solo elemento de contrapeso al mundo opuesto, simbolizado por la hija menor, su función no se reduce a una denuncia amarga y violenta de las formas rezagadas de la vida nacional, sino asciende a unas proporciones mucho más amplias e incorpora las mismas fuerzas elementales que accionan, al polo contrario, a Adela.

Nos incumbe ahora, a manera de una sucinta conclusión, confrontar estas dos obras emparentadas por rasgos de innegable analogía. Es en primer lugar el ambiente de un pronunciado color local que enlaza *Doña Perfecta* con *La casa de Bernarda Alba*; la misma atmósfera peculiar e inconfundible que encontramos en la novela y en el drama, el hálito soñoliento y algo rancio de una provincia española que halla ante todo en Galdós una expresión muy acendrada, mientras Lorca debe limitarse, en la órbita de la textura dramática, a algunos toques ligeros aunque expresivos, aptos para evocar el panorama de la hosca, monótona meseta castellana, el país bochornoso y maldito, como lo ve doña Bernarda, „sin río, pueblo de pozos donde siempre se bebe el agua con el miedo de que esté envenenada“.⁵⁴ Era entre otros Baroja quien supo sintetizar muy atinadamente los aspectos peculiares del paisaje de Galdós y de Lorca con sus „lomos blancos, trigales rojizos, olivos polvorientos“, mientras la tierra se confunde en la lontananza con el alto cielo „de un azul intenso turbado por vapores blancos como salidos de un horno . . . Y luego, campos de trigo, y siempre de trigo de una entonación gris pardusca que se extendían hasta el límite de horizonte . . . En lo alto de la loma, una recua de mulos tristes, cansados, pasaban, pasaban a lo lejos, levantaron nubes de polvo; el arriero montado encima de una de las caballerías, se destacaba agrandado en el cielo rojizo del crepúsculo, como gigante de edad prehistórica que cabalgara sobre un megaterio“.⁵⁵ Respiramos aquí otra vez un aire impregnado de indolencia, de calma casi sepulcral, la vida parece estancarse en un remanso de agua muerta, opaca e inerte, que no encrespa ningún impulso exterior. También las dos protagonistas principales resultan condicionadas por este ambiente en su modalidad geográfica (clima áspero, población escasa), histórica (behetría rural, tendencias centralistas)

⁵⁴ F. García Lorca: *Obras completas*, p. 1358.

⁵⁵ P. Baroja: *El camino de perfección*, citado según L. Granjel: *Panorama de la generación del 98*. Madrid 1958, p. 309.

y económica (falta de industrias, una mayoría aplastante del elemento campesino). Ambas son un producto típico de este ambiente refractario a cualquier progreso y sofocado bajo la costra secular de tradiciones, prejuicios y supervivencias anticuadas. Ambas se presentan como típicos residuos del feudalismo medieval, de su atrasada estructura económica y social y ambas están vivamente interesadas en la conservación del existente régimen político que les garantiza sus prerrogativas frente a la enorme masa mísera y proletarizada. La conversación del *statu quo* es para ellas, como observa atinadamente Ch. Eich, una cuestión de vida o muerte y ante todo Bernarda Alba representa perfectamente este orden de fijos, hieráticos principios con barreras inquebrantables entre pobres y ricos, amos y servidores. En el drama de Lorca gira la acción alrededor de los intereses materiales que con mucho eclipsan todos los otros móviles o se identifican con ellos, los absorben y asimilan. En *Doña Perfecta* los motivos pecuniarios no parecen ocupar un puesto tan destacado, siendo disfrazados bajo la máscara de una religiosidad estéril y formalista, mas ya antes tuvimos ocasión de señalar una misma raíz de estos dos componentes y su íntima penetración. En Bernarda Alba la preocupación religiosa es relegada sólo a un segundo término como parte integrante, pero no primordial de su concepto del mundo, un valor más bien adicional, aunque indispensable para la consolidación del sistema que representa para ella algo inmutable, definitivo. Por un lado plantea el autor un tema de sátira mordaz y violenta contra las formas atrasadas de la vida rural, mientras por otro lado nadie como él supo modelar una figura tan recia, tan grandiosa y a la vez trágica en su vano esfuerzo de sujetar las fuerzas fatales que ella misma ha desatado. El silencio y la muerte, dice G. Díaz Plaja,⁵⁶ eran el último remedio del teatro caldoniano y el silencio de la muerte es también lo único que sabe ofrecer la madre a sus hijas: „Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! ¡A callar he dicho! ¡Las lágrimas cuando estés sola! Ella, la hija de Bernarda Alba, ha muerto virgen.“⁵⁷ Y el silencio lóbrego, sepulcral de un manicomio es lo único que sabe ofrecer doña Perfecta a Rosario, víctima de los mismos prejuicios y pasiones, ora rebelde, ora resignada, pero de todos modos vencida. Ambas luchan desesperadamente por su dicha personal y ambas sucumben en esta contienda desigual del individuo con la sociedad, porque es la sociedad con sus leyes y sus prejuicios lo que las vence a ambas y las condena, una a la muerte y otra a la locura. Nos muestran estas dos figuras una vez más la necesidad de radicales reformas en la estructura básica de España — reformas cuya necesidad se hace cada vez más urgente e inevitable.

⁵⁶ G. Díaz Plaja: *Federico García Lorca*. Madrid 1961.

⁵⁷ F. García Lorca: *Obras completas*, p. 1440.